bosques y sus montañas, pero pocos versos hablan de la mujer, del amor, de la muerte, esas grandes constantes de toda literatura. El transporte lírico se vuelca en una preocupación nacional, trasciende siempre el esquema posible de un individuo o una época. Una sola mujer poetisa —Anna Hajnal— aparece citada, se recuerda en otra ocasión a «Mi madre» (Attila Jozsef), pero son ejemplos aislados.

Hay, sin embargo, un gran descubrimiento que la cuidadosa edición de Eva Töth nos depara: los contactos permanentes y sutiles entre la cultura húngara y la española y latinoamericana. Eva Töth se preocupa de señalarlos en cada uno de los momentos en que se producen: las referencias a la isla de Cuba que hace en el siglo XVI el poeta Peter Bornemisza, las de Mihaly Vitez sobre las «islas de la utopía» del Atlántico, Canarias, Cabo Verde y Azores, las de Ferenc Kolcsey a la obra del inca Garcilaso de la Vega, e incluye poemas como «El epitafio de un labriego español», escrito en plena guerra civil española por Attila Jozsef, «España, España», de Miklos Radnoti, y el hermoso poema a Allende de Istvan Vas: «¿Habrá sido un ingenuo?» ... «Con los ojos abiertos él hacía el recorrido de este hermoso / callejón sin salida. Con los ojos abiertos ante el monstruo a sueldo. El mundo no le prestó atención / por mucho tiempo: escándalos tenía en abundancia».

Estas relaciones entre España, América Latina y Hungría se pueden rastrear en otras direcciones, como hace el minucioso trabajo de Salvador Bueno, también editado por Corvina (3), pero las indicaciones que nos da esta antología bastan para tender los puentes que culturas tan diversas necesitan. Estamos, felizmente, lejos de los tiempos del *Romancero* y esta *Antología de la poesía húngara* acercando, por primera vez, el conjunto de una producción y de una historia a la lengua española, ha ayudado a hacerlos aún más lejanos.—*FERNANDO AINSA, 212, rue de Vaugirard-Bat. 6-5e. 75015 (UNESCO), PARIS.*

JOSE ALCANTARA ALMANZAR: *Estudios de poesía dominicana.* Alfa y Omega. Santo Domingo, 1979.

Era de esperar un libro que nos estudiara la poesía dominicana desde una de sus principales vertientes: la sociología, pues lo empírico-descriptivo ha dominado en el panorama de la crítica dominicana. Los

(3) *Cinco siglos de relaciones entre Hungría y América Latina,* por Salvador Bueno. Corvina Editores, 1977, 326 pp.

Estudios de José Alcántara Almánzar vienen a sumarse a una serie de trabajos que, desde Pedro Henríquez Ureña, ha ido fundando lo que se podría llamar la «crítica poética» en Santo Domingo, desconocida ampliamente fuera de los límites isleños. (A modo de curiosidad he repasado los anaqueles que la Biblioteca de la Universidad de Pittsburgh —donde resido— posee de la obra dominicana. Forman la colección unos doscientos libros, la mayoría de los cuales parecen no haber sido tomados jamás o, por lo menos, no hay evidencia de que hayan sido tomados en préstamo).

José estudia con aplomo y sin fanatismos partidistas, amistosos o nacionales, la obra de quince poetas de los siglos XIX y XX: José Joaquín Pérez, Salomé Ureña, Gastón F. Deligne, Domingo Moreno Jiménez, Tomás Hernández Franco, Manuel del Cabral, Franklin Mieses Burgos, Héctor Incháustegui Cabral, Pedro Mir, Aída Cartagena Portalatín, Freddy Gatón Arce, Manuel Rueda, Antonio Fernández Spencer, Lupo Hernández Rueda y Máximo Avilés Blonda.

El autor, partiendo de la noción de la literatura como *práctica social,* propone siete hipótesis de trabajo que quedan suficientemente probadas a lo largo de su obra. Destacamos entre estas hipótesis: que la literatura del siglo XIX intentó buscar *lo dominicano* en su temática; que la década de 1940 universaliza esta poesía y marca su momento de mayor esplendor; que durante la dictadura de Trujillo hay dos tendencias: una universalista, que se autodenomina Poesía Sorprendida, y otra neorrealista llamada Poesía Independiente; que la muerte del dictador hace que surja una poesía política y contestataria; que el pluralismo es el acontecimiento poético más importante de la década de 1970.

La obra está acompañada de un poderoso aparato crítico en el cual se reconoce no sólo la formación amplia y creciente del autor, sino su aspiración a hacer su oficio de crítico con la mayor objetividad que alcanza, tarea difícil, pues la crítica en América está todavía ligada a los intereses que muchas veces percibe el crítico. Los poetas aquí considerados, dice Alcántara, «aparecen como *productores de textos poéticos* y no como *creadores de poesía.* Evitamos de ese modo toda noción teológica, lo cual es absolutamente contrario a nuestra convicción teórica (...). Los poetas, a nuestro juicio, no son "superiores", "inspirados", "inferiores", ni sus textos son "sublimes", "bellos" o "feos". Estos conceptos no interesan a la sociología y quedan reservados al ámbito de la preceptiva literaria, a cierta estética *demodée*».

Varias características se pueden extraer después de terminar la lectura de este libro: predominio en muchos de los escritores estudiados de una visión cristiana del mundo; expresión constante de los

conflictos sociales y políticos que dominan la sociedad dominicana, con lo cual surge muchas veces una poesía rabiosa, de protesta individual y denuncia, pero que no trasciende los bordes isleños. Son los poetas independientes Tomás Hernández Franco, en *Yelidá;* Manuel del Cabral, en *Compadre Mon;* Héctor Incháustegui Cabral, en *Poemas de una sola angustia,* y Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo,* quienes ofrecen solidez y universalidad a esta poesía sin dar de lado la preocupación social o política.

La Poesía Sorprendida (Franklin Mieses, Aída Cartagena, Freddy Gatón, Manuel Rueda y Fernández Spencer) supuso el esfuerzo más coherente para, dice el autor, «actualizar la poesía dominicana contemporánea».

En su epílogo, José Alcántara repasa los objetivos propuestos, señala los rasgos esenciales de los grupos estudiados, y termina indicando el momento de reflujo que vive hoy el país, con lo que se presagia un cambio cualitativo en la literatura dominicana que parece inclinarse ahora hacia el campo de la novela. Y termina el crítico: «A los poetas corresponde esforzarse por estar a la altura de las transformaciones que se avecinan».—*REI BERROA (1309 Cathedral of Learning. University of Pittsburgh. PITTSBURGH PA 15260).*

LECTURAS DE CINE

HERMAN G. WEINBERG: *El toque Lubitsch.* Ediciones de Bolsillo, Editorial Lumen, Barcelona, 375 pp.

¿En qué consistía el «toque Lubitsch»? ¿Cuál era la marca original que este realizador alemán, discípulo de Max Reinhardt y actor de inagotables recursos, dejó en más de sesenta películas y en treinta y tres años (decisivos) de la historia del cine?

Herman Weinberg repasa prolijamente, en la primera parte de su trabajo, la obra de Lubitsch. Enumera y clasifica algunas variedades de *toques:* el desliz freudiano, la acción consciente, la acción metafórica, la acción simbólica, el sueño freudiano, el contrapunto de imagen y sonido. Desde el punto de vista de la puesta en escena, el *toque* aparece como una acción construida en forma de triángulo, cuya base son dos personajes unidos solamente por el vértice (generalmente un objeto) para expresar una situación afectiva de contenido eminentemente erótico: Pauline Frederick juega con la corbata de